

PRINCIPIO COMPASIÓN - MISERICORDIA

Hacia la ciudad de la misericordia

Arturo Silva Hurtado, Pbro.¹

¹ Presbítero emérito de la Arquidiócesis de Bogotá. Fue el encargado de la Delegación para la Pastoral Educativa. Fue presidente de CONACED Bogotá – Cundinamarca. Gestor del modelo educativo basado en la humanización desde un horizonte de misericordia.

Con relativa frecuencia, los cristianos nos vemos atrapados en rígidas estructuras y modos del ser creyente que nos alejan de la verdadera fe: nuestro Dios es un Dios de misericordia y compasión, que nos invita a amar a su modo, liberando y transformando la realidad. Para poder caminar hacia la ciudad de la misericordia, hace falta tener una sana imagen de Dios, creer la buena noticia de la misericordia sanadora de Dios, vivir el principio compasión misericordia y convertir nuestra pastoral según este principio.



1. Por una sana imagen de Dios

«Narrar el ser de Dios no puede ser ni significar otra cosa que narrar el amor gratuito de Dios». Nuestro Dios es el amor encarnado, misericordioso, tierno que toma apasionadamente los caminos de la condescendencia del Padre, de la *kenosis* del hijo y de la libre acción del Espíritu. Bien lo dice el papa Francisco «misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad» (*Misericordiae Vultus*, 2). «Es propio de Dios usar misericordia. En esto se manifiesta su omnipotencia» (MV 6).

La imagen de Dios tiene una importancia clave en la vida cristiana. Tristemente, Dios no siempre es un elemento liberador de la persona. Frente a Él se dan muchos miedos, temores, cargas morales. Dios no es siempre una fuerza que desate nudos, libere de enredos, haga más ligera y feliz la carga de la vida, nos eleve por encima de miserias existenciales y cotidianas. A menudo, Dios es una carga pesada, muy pesada... ¡Qué tristeza! Y la culpa no es del «santo pueblo fiel de Dios» -como le gusta decir al papa Francisco, recordando una expresión del Vati-

«Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad» (MV 2).

cano II- la culpa es nuestra, pues hemos desactivado e incluso domesticado la misericordia de nuestro Dios, «brisa suave» de la que nos habla el profeta Elías (1 Re 19, 11-13). En *El Principito* se nos recuerda que: «Uno es para siempre responsable de lo que domestica» (Saint-Exupéry, 2003, 26).

No es fácil cambiar nuestras representaciones de Dios. Es todo un proceso de conversión mental, afectiva, religiosa. Es todo un proceso de vida. «Crear un Dios para temerlo y adorarlo es cosa fácil. Derrotar la muerte para crear la vida por encima de un fetiche, es obra de titanes» (Santiago Pinto Vega).

Tener malas imágenes de Dios enferma, daña el espíritu, seca el corazón. Jesús vino a sanar nuestra interioridad, a sanar nuestras falsas imágenes de Dios, a hacer que vivamos mejor y seamos más personas. Nada es más importante que la imagen que experimentamos de Dios. Lo fundamental no es creer o no creer en Dios, sino en qué Dios se cree. Por esto, el tema de Dios se ha vuelto peligroso.

2. La buena noticia de la misericordia sanadora de Dios

El Dios que se nos revela en la Biblia no es divinidad fría y lejana que deja al ser humano a su suerte. Es un Dios que ve, oye, conoce, baja. Nuestro Dios no es ciego ni sordo ni impasible, sino que le afecta el sufrimiento de su pueblo y decide intervenir (Ex 3, 7-8). La misericordia se atribuye a Dios de forma repetida a lo largo de la Escritura como queda de manifiesto no solo en la riqueza de los términos usados, sino también porque en ella encontramos narrada la historia de la misericordia entrañable del Padre, realizada plenamente en Jesús de Nazaret. «La misericordia en la sagrada escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros» (MV 9).

En Éxodo (34, 4-7), Dios releva a Moisés su verdad con cuatro nombres de misericordia. Dios es amor entrañable, visceral -como dice el papa Francisco-

lleno de gracia, rico en lealtad, fidelidad, gratitud, clemencia, verdad. Dios se eleva sobre el pecado de los hombres a quienes ofrece perdón para que ellos, pecadores perdonados, puedan así superar su tentación de idolatría: adoración del becerro de oro.

El profeta Oseas, el de «misericordia quiero y no sacrificio», el que mejor habla de la ternura de Dios, nos lleva al culmen de la revelación veterotestamentaria sobre la misericordia de Dios: «Me da un vuelco el corazón y mis entrañas se conmueven. No dejaré correr el ardor de mi ira. Porque soy Dios y no un hombre, soy el Santo –el misericordioso- en medio de ti, no me gusta destruir» (Os 11, 8-9) y el profeta Miqueas lo reafirma así: «Yahvé no mantiene para siempre su cólera, sino que ama la fidelidad; se arrepentirá y tendrá piedad de nosotros, destruirá nuestras culpas y arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados» (Mq 7, 18-19). Jeremías añade: «se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión. Tengo ternura hacia el que sufre» (Jr 31,20). A pesar de nuestra infidelidad, Dios mantiene su palabra. Es fiel a sí mismo y a su creación.

La misericordia está profundamente unida a la fidelidad de Dios. El señor es fiel, no puede renegar de sí mismo. Lo explica bien Pablo en la segunda carta a Timoteo (2, 13): «Si somos infieles, él permanecerá fiel, pues no puede renegar de sí mismo». El papa Francisco lo dice muy bien: «la misericordia es el carné de identidad de nuestro Dios» (Francisco, 2016g). Se trata de una toma de conciencia de lo que Dios es, a pesar de lo que somos nosotros, a pesar de lo que es la condición humana, sus pretensiones, sus egoísmos, sus excesos, sus absurdos, sus miserias.

«Su cólera dura un instante, su favor por siempre» (Sal 30,6). Dios misericordioso perdona y no destruye. Dios paciente no pierde los estribos: «Pero él, misericordioso perdonaba sus culpas y no los destruía. Contuvo su ira muchas veces y no daba rienda suelta a su furor» (Sal 78, 38). «Compasivo y misericordioso es el Señor, paciente y rico en clemencia, bueno es el Señor para con todos y su misericordia sobre todas sus obras» (Sal 145, 8-9). «Su clemencia llena la Tierra» (Sal 33, 5). «Pero tú Señor, Dios misericordioso y compasivo, paciente, rico en clemencia y fiel, mírame y compadécete de mí» (Sal 86, 15-16). «Tú, Señor Dios nuestro nos haz tratado según tu voluntad y gran misericordia» (Bar 2, 27). «Al Señor nuestro Dios pertenece la misericordia y el perdón» (Dn 9,9). «Tú eres un Dios del perdón, compasivo y misericordioso, pa-



«Compasivo y misericordioso es el Señor, paciente y rico en clemencia, bueno es el Señor para con todos y su misericordia sobre todas sus obras» (Sal 145, 8-9)

ciente, rico en clemencia. Por eso no nos abandonaste» (Nh 9,17). «Sé que tú eres un Dios misericordioso y clemente, magnánimo de gran amor y que te dejas conmover con respecto a tus amenazas» (Jo 4,2). «Grande hasta los cielos es tu amor y hasta las nubes, tu fidelidad» (Sal 57,11). «Misericordioso y compasivo es el Señor, lento para la ira y grande en el amor. No está en pelea para siempre, no permanece enojado eternamente. No nos trata según nuestros pecados, ni nos retribuye según nuestras culpas. Él sabe bien de que estamos formados, recuerda que nosotros somos polvo. El amor del Señor es para siempre... nos rodea de bondad y de misericordia» (Sal 103, 3, 4, 8, 9, 10, 14).

La mayor parte de los textos de Mateo y Marcos indican que fue la multitud el objeto de la compasión misericordia de Jesús (Mt 9,36; 14,14; 15,32; Mc 6,34; 8,2). Se trata, por tanto, de un objeto colectivo: la gente sencilla, el populacho, la plebe, la muchedumbre del pueblo, la masa carente de significado político, los sectores más empobrecidos por la sociedad. A ellos dirige Jesús sus enseñanzas y su ternura, les devuelve la palabra, les cura las heridas, les muestra el camino de la salvación, realiza con ellos gestos con sabor a mesa compartida. «La misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros» (MV 9).

Jesús no puede dejar de anunciar al Dios que arde en sus entrañas. Dios para Jesús es un misterio de misericordia absoluta, bondad sin límite, perdón continuo y gratuito. Perdonar, según el proyecto de

Jesús, es rechazar el mal que nos han causado, recuperando a quienes nos lo han causado. Es recordar sin odio y sin rencor para construir relaciones basadas en el respeto y la civilidad. Que la venganza no se vuelva una especie de rueda eterna de la que es imposible salir. Es aceptar que somos más humanos cuando perdonamos que cuando tomamos venganza. Nos hace bien perdonar: es secreto de vida feliz, es sanación verdadera. No modifica el pasado, pero nos cambia el presente. El papa Francisco enseña: «Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón... fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza» (MV 10).

El precioso capítulo 15 del evangelio de Lucas con las tres parábolas llamadas de la misericordia busca rescatar el rostro de Dios como amor gratuito. «Dios es presentado siempre lleno de alegría sobre todo cuando perdona. En estas parábolas encontramos el núcleo del evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón» (MV 9). A Dios no le falta humanidad, la tiene en abundancia. Aparece la misericordia absoluta de Dios que el propio Lucas resume así: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». El evangelio de Juan establece el criterio de amor como aquel que sostiene la identidad y la credibilidad de la Iglesia (Jn 13, 34-35).

En latín, la palabra misericordia está compuesta de dos términos «miseria» y «corazón». La «miseria» denota una indigencia de alguien que vive en los límites de la vida humana. El «corazón» no juzga la miseria; la quema, la destruye gratuitamente. Es el milagro de la misericordia que nace, vive, se nutre y se manifiesta entre el perdón y la ternura que le abraza. Se trata de un corazón dispuesto a intervenir para purificar, sanar, liberar la indigencia de alguien. Comentando el evangelio de Juan (8, 1-11), San Agustín dice: «Cuando el corazón es tocado, golpeado por la miseria ajena entonces ahí está la misericordia» y hermosamente concluye: «Queda la adúltera y el Señor... quedó la gran miseria y la gran misericordia, la que estaba herida y el médico».

Jesús no es un maestro de la ley ni un sacerdote del templo. Lo suyo no es enseñar una doctrina religiosa, sino anunciar un acontecimiento: «El Reino de Dios está cerca. Cambiad de manera de pensar y actuar. Creed en la buena noticia» (Mc 1, 15). Lo primero que hemos de ver con claridad es que creer en la Buena Noticia, entrar en el Reino de Dios, es asumir como principio de actuación y como estilo

de vivir la compasión misericordia. Jesús «ha venido para buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). «Estamos llamados a vivir la misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado la misericordia» (MV 9).

En Jesús de Nazaret, encontramos al respecto la plenitud de la revelación: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». Jesús no centra la santidad en la separación del impuro, sino en la compasión misericordia. El primer rasgo de Dios es la compasión misericordia. Quien quiera asemejarse a Él no tiene que vivir separándose de los impuros, sino amándolos con amor compasivo. Nadie está excluido del corazón de Dios. Él ha venido a liberarnos del miedo a Dios. «Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión» (MV 8).

Al respecto, el papa Francisco comenta: «Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios. Sería un ídolo convertido en ideología, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí sola no basta y la experiencia enseña que apelando solo a ella se corre el peligro de destruirla y de destruirnos. Por eso, Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón» (MV 21). Esta combinación misericordia y justicia es fundamental para evitar que la misericordia se limite a palmaditas en el hombro, a lástima ante el sufrimiento y la justicia se reduzca a puro legalismo. «La misericordia no excluye la justicia y la verdad. Ella es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios» (*Amoris Laetitia*, 311). «Si el misericordioso no supera la justicia, no es misericordioso» (Isaac de Nínive).

Se produce un giro dramático: la misericordia supera a la justicia. La misericordia vence al juicio como lo enseña el apóstol Santiago (2, 14). Dios no juzga a los hombres para vengarse de ellos ni para imponerles su poder, sino para enriquecerlos con su misericordia, para cambiarles su corazón de piedra en un corazón de carne. Esta ha sido la experiencia más honda de Jesús, la raíz de su Evangelio: hacer que nos sintamos amados gratuitamente por Dios. La perfección de Jesús es su misericordia.

Los evangelios subrayan, una y otra vez, que la actuación de Jesús —rostro humano de Dios— está siempre inspirada, motivada e impulsada por esa misericordia de Dios hacia todo lo creado. Los evangelistas emplean un término muy expresivo: nos cuentan que cuando Jesús veía a alguien sufriendo «Le temblaban las entrañas». «*Splanchnizomai*»: Conmoverse, compadecerse profundamente, desde las entrañas. Expresa cariño y ternura que

se transforma en compasión y reacción ante una situación dolorosa o injusta. Aquí está lo central de la predicación y el proyecto de Jesús: la misericordia que se hace Reino de Dios, que se hace Dios gratuito y que encuentra en las bienaventuranzas las actitudes de conversión requeridas para hacerlo realidad.

El significado de compadecerse, conmoverse las entrañas procede del hebreo que las considera como el lugar donde tienen su sede los afectos como la ternura, la compasión, la benevolencia, la misericordia; mientras que para los griegos, las entrañas eran la sede de las pasiones violentas como la ira, el odio, la venganza. Corresponde muy bien al hebreo «*raham*» compadecerse, apiadarse, enternecerse, recibir cariño, compasión, piedad. Este verbo casi siempre se predica de Dios, mientras que *splanchnizomai* se reserva casi exclusivamente a Jesús. Él encarna la compasión misericordia de Dios mismo tal como aparece reflejada en el antiguo testamento: «Dios misericordioso y clemente». «Se han conmovido mis entrañas por él». «Me volveré y les tendré lástima». Es uno de aquellos verbos que indica el estado de ánimo por reacción a sucesos o circunstancias externas. El verbo tiene en sí una riqueza muy fuerte. Expresa la reacción unitaria de la persona frente a una situación determinada. Es usado para describir las emociones de Jesús a la vista de la necesidad humana.

En palabras del papa Francisco (2016c) «la misericordia es lo esencial, lo definitivo. [...] Ser misericordioso no es solo un modo de ser, sino el modo de ser. No hay otra posibilidad de ser sacerdote» y yo añadiría, de ser cristiano, de ser discípulo misionero. Para el papa «es el atributo primero y último con

«La misericordia no excluye la justicia y la verdad. Ella es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios» (AL 311)



el que Jesús ha querido revelarnos el nombre de Dios que es misericordia» (Francisco, 2016g).

«El único exceso ante la excesiva misericordia es excederse en recibirla y en desear comunicarla a los demás»(Francisco, 2016c). Evangelio puro es que Dios es absoluta magnanimidad, que Dios es amor -o como mejor dice Juan- que Dios «consiste en estar amando» (1 Jn 4, 8. 16).

Es dentro de este amor, como lo hace el papa Francisco en la *Amoris Laetitia*, que debemos buscar respuestas a nuestros problemas, buscar nuevos caminos. No podemos seguir respondiendo con principios abstractos a sufrimientos reales. La práctica de Jesús fue una práctica compasiva misericordiosa. Francisco recupera la lógica de la misericordia en vez de la «lógica» de la ley (AL 296). Busca conjugar la propuesta del ideal de los valores con



«Ser misericordioso no es solo un modo de ser, sino el modo de ser. No hay otra posibilidad de ser sacerdote» y yo añadiría de ser cristiano, de ser discípulo misionero.

misericordia debe prevalecer sobre los sacrificios (Mt 9, 3).

El papa se la juega por la misericordia pastoral (AL 297. 298. 300. 303-305), por la conciencia y el discernimiento (Rm 2, 14-15; 14, 23). El papa busca superar el paralelismo antitético entre perdón -gracia, para algunos- y castigo -venganza, para otros- como lo debemos experimentar ante el misterio de Dios, que está por encima de todos los paralelismos. Frente al peso de una ley o un principio que son impersonales, Jesús ofrece el yugo suave de su afecto misericordioso como el Padre.

Urge anunciar de nuevo el Evangelio con toda radicalidad, pero también con toda sensatez. La pastoral ha de atender primero a las personas y sus vidas. «Estamos llamados a formar las conciencias pero no a pretender sustituirlas» (AL 37).

Venid a mi todos los cargados y agobiados que yo os aliviaré.

Cargad con mi yugo y aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón.

Y hallareis descanso para vuestras vidas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mt 11, 28-30).

la comprensión de la complejidad de las circunstancias (AL 307), hace que la aspiración hacia la meta sea compatible con el reconocimiento de los límites a lo largo del camino (AL 305). Y nos recuerda que en la pastoral hay que aplicar los criterios de gradualidad, discernimiento y misericordia (AL 295. 301. 312). «El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2, 27). El ser humano está por encima de esta doctrina. La

La parábola del buen samaritano concluye cuando Jesús, a la pregunta hecha al comienzo por el doctor de la ley «¿Quién es mi prójimo?», contrapregunta: «¿Cuál de los tres te parece que se hizo prójimo del que cayó en mano de los ladrones?». A lo que el maestro de la ley contestó: «El que tuvo misericordia con él». Jesús le replicó: «Vete y haz tú lo mismo» (Lc 10, 36-37).

Como Martin Luther King decía en una predicación: «Hacer la pregunta correcta es de enorme importancia», preguntar quién es mi prójimo es una forma sutil de preguntar quién no es mi prójimo o quién merece mi amor o quién es aquel cuya falta de casa, de comida puedo ignorar o incluso a quién puedo odiar. Es la pregunta de quien solo se preocupa por cumplir la ley. Le interesa saber a quién debe amar y a quién puede excluir de su amor. No piensa en el sufrimiento de la gente. La respuesta que da Jesús es NADIE. Todos merecen amor: compatriota o extranjero, judío o pagano, terrorista o violador, todos, todas...

Amor a Dios y al prójimo no pueden existir en abstracto, necesitan realizarse en la práctica. «El Señor no mantiene distancias, sino que es cercano y concreto; está en medio de nosotros, sin decidir por nosotros y sin ocuparse de cuestiones de poder. Prefiere instalarse en lo pequeño» (Francisco, 2016d).

3. El principio compasión misericordia

El relato de Lucas (7, 11-17) nos dice que ante un encuentro inesperado y trágico de una viuda pobre que iba a enterrar a su hijo único «el Señor la miró, se conmovió y le dijo: «no llores» ». Sin pensarlo dos veces, detiene el entierro, se acercó al féretro y dirigiéndose al joven muerto dijo: «Muchacho, a ti me dirijo, levántate» y lo entregó a su madre.

Jesús quedó impactado por el dolor de esta viuda. Siente que sus entrañas se conmueven delante de una madre que ha perdido «el fruto de sus entrañas». Jesús se siente afectado allí donde esta madre se siente herida, dolida, frustrada, derrotada por el amargo sabor de la muerte de su hijo.

La sabiduría nos
hace abiertos,
flexibles, humildes
interiormente libres
y dialogantes,
pacíficos y serenos.



«El Señor la miró»: tomó conciencia del sufrimiento de la viuda, la vio con un corazón compasivo misericordioso. «La primera mirada de Jesús no se dirigía al pecado de la gente, sino a su sufrimiento» (Pagola, s.f.). Es la sensibilidad fundamental hacia el sufrimiento del otro, que es inherente al mensaje de Jesús, que está en la entraña de las tradiciones bíblicas. Es la honradez con lo real. Ver la realidad con los ojos de las víctimas, de los empobrecidos. No darle rodeos, mirarla de frente, abrir bien los ojos, tomar conciencia de lo que pasa y sucede, de la contundencia de lo real. No irnos por las ramas, sino nombrar las cosas por su nombre. Es el arte de ver, de vivir despiertos, de tomar la realidad tal como es vivida por los excluidos, empobrecidos, víctimas. Lo que salva es la honradez de la mirada. En esto consiste la sabiduría que nos hace abiertos, flexibles, humildes interiormente libres y dialogantes, pacíficos y serenos. Jesús la vio y no per-



maneció indiferente; comulgó con la desgracia de aquella mujer.

«Se conmovió»: se dejó afectar por lo que le estaba sucediendo a esta viuda. Interiorizó el sufrimiento de ella y lo llevó a sus entrañas, a su corazón. Experimentó su sufrimiento como una desgracia. Se indignó. Reaccionó, se dolió. Su sensibilidad se quebró. Abrazó con amor visceral, con entrañas conmovidas, la situación de la viuda. Superó la visión plana y anestésica de la lástima. Experimentó su sufrimiento como una injusticia. Lo sintió en sus entrañas como una reacción visceral, como respuesta a esa muerte, como impulso que conducía a la restauración de la totalidad. La conmoción de las entrañas es la fuente de donde brota la misericordia, es decir, de un corazón que ha sido ganado por la ternura del Padre.

«Le dijo no llores»: No la trató con lástima, sino con amor entrañable para tocar su corazón.

Lo que sigue del relato nos muestra cómo Jesús no pasó de largo frente al sufrimiento de la viuda, actuó con amor solidario y liberador, se dejó afectar por lo que le sucedía, cargó con el sufrimiento de la viuda y le devolvió a su muchacho vivo, diciéndole: «Levántate». Su palabra fue una palabra sanadora. Al resucitar a su hijo la resucitó también a ella. No se trata, por tanto, de una emoción pasajera por quien sufre, sino que afecta en las entrañas a la persona que la experimenta y se convierte en eficacia liberadora hacia quien vive una experiencia de debilidad e impotencia. La misericordia entraña solidaridad histórica con el dolor humano generando modos inéditos de humanidad.



El relato nos enseña que la misericordia tiene un doble horizonte: por un lado, la ternura, de tipo personal, emocional, visceral como sentimiento amoroso y creador que liga a las personas en afecto y sangre expresada en términos de fidelidad y de amor personal, intenso, íntimo, cercano y, por otro lado, la liberación de tipo social que se expresa como justicia, solidaridad, firmeza, hospitalidad, salvación, fidelidad a la alianza de Dios y de los hombres entre sí, que busca transformar el sufrimiento humano y las estructuras que lo producen.

Sin la compasión misericordia no se responde al sufrimiento del otro. No es el ejercicio de una entre otras obras de misericordia, sino reacción primaria ante el sufrimiento ajeno. Posee una dimensión política, debe tornarse en justicia. Es raíz fundacional que no lleva solo a la ternura, sino también a la liberación. Solo donde se unen estos dos horizontes se revela Dios en plenitud. Dios como entrañas misericordiosas, como entrañas conmovidas.

Las consecuencias que se derivan de la compasión misericordia se dan a dos niveles inseparablemen-



La conmoción de las entrañas es la fuente de donde brota la misericordia

«En la misericordia hay ultimidad. No se puede ir más allá de ella. El sufrimiento y sus víctimas tocan la fibra más honda de lo humano, sus entrañas, su corazón» (Sobrino, 2009, 68). Pero la misericordia también devuelve a las víctimas lo último: plenitud de vida que se traduce en trabajo, tierra, vivienda, salario digno –que sirva para salir de la pobreza–, salud, educación, participación... En una palabra: PAZ.

En nuestra Iglesia hemos de recuperar cuanto antes el principio compasión misericordia como el estilo de vida propio de Jesús y de sus seguidores. Es preciso mirar detenidamente el sufrimiento humano, captar su dolor y su soledad, descubrir sus causas, conmovernos hasta las entrañas y actuar en la medida de nuestras posibilidades. El principio compasión misericordia es amor hondo y gratuito. La misericordia antes de definir «el hacer de la Iglesia», define su ser profundo, su vocación, su horizonte, su misión. La Iglesia por constitución es sanadora, misericordiosa, liberadora. Está para producir «vida plena, abundante» (Jn 10, 10). «El amor misericordioso que siempre se inclina a comprender, a perdonar, a acompañar, a esperar y sobre todo a integrar es la lógica que debe predominar en la Iglesia» (AL 312). Eso es lo único que «desenmascara una religión burguesa» con la que con frecuencia el cristianismo entra en componendas.

No se trata solo de actitudes y gestos de misericordia, sino de que toda nuestra vida esté orientada por la misericordia gratuita. Esa fue la práctica de Jesús y esa debería ser la nuestra. «Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzaran misericordia». Aquí está el Evangelio sin glosa, como decía san Francisco de Asís. Ser consecuentemente misericordiosos.

Con la misericordia, otro mundo es posible; el Reino de Dios está a las puertas (Mc 1, 15). Nos lleva a reaccionar; a indignarnos por el sufrimiento ajeno; a denunciar a quienes lo provocan; a desenmascararlos por su corazón egoísta, mezquino e indife-

te unidos: una liberación y otra salvación. El primer regalo consiste en la restauración del ser personal que estaba roto y que recobra el sentido de la vida: los ciegos ven, el leproso queda curado, la multitud saciada, la madre recobra a su hijo, el deudor queda libre, el padre recupera a su hijo. Esto los lleva a quedar incorporados a la marcha histórica y social, a la mesa del Reino como buena noticia de Dios (Mt 20, 29-34). «La misericordia de Dios no es una idea abstracta sino una realidad concreta» (MV 6).

rente; a preguntarnos por las causas estructurales que hay detrás de cada sufrimiento; a cargar con el sufrimiento de las víctimas; a salir de nosotros mismos en favor del que sufre; a dejarnos cargar por su realidad que produce en nosotros un cambio de mirada; a salir de los esquemas habituales del ego para sentirnos un todo con los demás, reconocernos uno con ellos. «El que no presta atención al que sufre, menosprecia al Señor presente en él» (San Cipriano). La misericordia no proporciona una agenda temporal o coyuntural, sino un cuidado a largo plazo. Se trata de una acción continua de un proceso. Se trata de un cheque en blanco de la generosidad como la entendió Jesús. Lo dice muy bien el papa Francisco: «No basta con hacer obras de misericordia, sino que hay que ser misericordiosos [...] Nuestro único criterio de acción es el amor gratuito libre de toda ideología y de todo vínculo» (Francisco, 2016f).

«La misericordia es esencialmente dialéctica y por ello conflictiva: misericordia – justicia. Se trata no solo de ayudar a las víctimas, sino de librarlos de sus victimarios» (Sobrino, 2009, 68). Su horizonte es la liberación y su instrumento fundamental es la justicia.

Esta misericordia no es pues una, entre muchas realidades humanas, sino la que define al auténtico seguidor(a) de Jesús: aquel que vio un herido en el camino, se compadeció, se acercó, lo curó, lo sanó, lo liberó. Aquel que interiorizó en sus entrañas el sufrimiento ajeno, lo hizo parte de sí y lo convirtió en principio primero y último de su actuación. Por eso, la misericordia, como lo enseña muy bien el papa Francisco, es la viga maestra que sostiene a la Iglesia (MV 10). «El camino de la Iglesia, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia» (AL 296).

Es prioritario crear estructuras itinerantes que vengán la comodidad y eviten la burocratización.

4. Plan E y misericordia

Según mi parecer nunca se había trabajado tanto en pastoral como en el actual Plan E²– dejó a un lado lo realizado en el Sínodo arquidiocesano por los padres Germán Isaza y Julio Solórzano-. Pero al Plan E yo siempre lo he visto bastante confuso y ambiguo por «lo meticuloso y bien dibujado perdió contacto con la realidad de nuestro pueblo fiel» (*Evangelii Gaudium*, 96). Sin ánimo de molestar a nadie, solo en aras de la transparencia, estoy de acuerdo por lo dicho por un buen pastoralista «que Plan E quería decir plan elevadísimo». El Plan ha corrido el riesgo de volver difícil hacer pastoral.

En mi opinión, el Plan E desplazó a la misericordia del lugar que le correspondía y ahí empezó a cojear. La misión principal de la Iglesia es «curar heridas, curar heridas», como lo hacía Jesús y lo recalca cada vez más el papa. Hace poco, dirigiéndose a los sacerdotes, les decía que «los planes pastorales no funcionan porque les falta la misericordia» Francisco (2016c). El papa Francisco en el Congreso Continental del Jubileo de la Misericordia afirmó: «el corazón de la pastoral es la misericordia. Cuando esta nos falta terminamos maltratando al santo pueblo fiel de Dios» (2016e). En nuestro caso, para ser justos, no se la sacó del ruedo, pero sí se la mutiló bastante, se la domesticó. En la misericordia se juega y se decide la gran reforma de la Iglesia. «Es un programa de vida tan comprometedor como rico de alegría y paz» (MV 13). «Es la misericordia la prueba de cómo Dios ama» (MV 14).

El recuerdo que dejó Jesús grabado en sus seguidores fue el de un profeta, curador, itinerante, dedicado a aliviar y enfrentar el sufrimiento (Hc 10, 38). Lo primero para Jesús es la vida sana de la gente. La actuación curadora de Jesús recorre todo el Evangelio (Mt 4, 23; 9, 35. Mc 1, 39. Lc 6, 18). La sanación es el horizonte, el contenido, el método y el cauce de su tarea evangelizadora (Mt 10, 7-8. Lc 9,2; 10,9). «Los envié a predicar el Reino de Dios y a curar».

La religión de Jesús es totalmente terapéutica. Jesús no cura enfermedades; cura a las personas, las contagia de su fe, despierta de nuevo su confianza en Dios. Les devuelve la paz interior. Los integra de nuevo en la convivencia. Toda la actuación de Jesús está encaminada a promover en la sociedad una vida más saludable. Por esto, su rebeldía frente a tantos comportamientos patológicos de raíz religiosa: legalismos, hipocresías, rigorismos, culto vacío de amor; su esfuerzo por crear una convivencia jus-

² Plan E o Plan de Evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá.

ta y solidaria; su empeño en derribar fronteras entre sanos y enfermos, piadosos y pecadores, varones y mujeres; su ofrecimiento del perdón gratuito de Dios a personas unidas en la culpabilidad y la humillación; su acogida por los maltratados, por la vida y por la sociedad; su esfuerzo por liberar a todos del miedo y la inseguridad para vivir desde la confianza en Dios.

En nuestro plan pastoral no debemos olvidar que solo una Iglesia misericordiosa -humilde, cercana, compasiva, sencilla-

«es capaz de resguardar el rostro de las personas que van a tocar a su puerta, es capaz de entregar una sana imagen del Dios de Jesús. Si no desciframos sus sufrimientos, si no nos damos cuenta de sus necesidades nada podemos ofrecerles. Es necesario aprender que hay algo de irreplicable en cada uno de aquellos y aquellas que nos miran en la búsqueda de Dios. Toca a nosotros no volvernos impermeables a tales miradas. Custodiar en nosotros a cada uno de ellos, conservarlos en el corazón, resguardarlos» (Francisco, 2016a).

El camino misericordioso, iniciado por el maestro, es el único existente para la Iglesia que peregrina tras sus huellas. Más que una alternativa histórica, su compromiso adquiere los rasgos de una nueva creación.

Aquello que la Iglesia anuncia no puede separarse del modo como lo vive. Ella no puede anunciar la misericordia del Padre, el amor gratuito de Dios, que es su única verdad, si no lo hace al estilo de Cristo, como «un oasis de misericordia» (MV 12). El plan pastoral debe tener presente, como lo acentúa el papa, que

«si nuestras estructuras no se viven ni se utilizan para recibir mejor la misericordia de Dios, para ser más misericordiosos con los demás, se pueden convertir en algo extraño y contraproducente [...] Es preciso comprender y practicar todas las cosas en clave de misericordia. Y de una misericordia dinámica que no tiene techo ni fondo porque proviene de la soberana libertad de Dios» (Francisco, 2016c).

Es prioritario crear estructuras itinerantes que venzan la comodidad y eviten la burocratización.

No podemos estar preocupados por dominar espacios más que por generar procesos. Es preciso generar procesos de oración, de formación, de sa-

No basta con hacer obras de misericordia, sino que hay que ser misericordiosos.

nación, de búsqueda, de esperanza, de reconciliación, de paz, con características novedosas más atractivas y significativas, llenas de imaginación, profundidad y hasta buen sentido de humor, como lo pide el papa. Todos nuestros procesos deben estar preñados de misericordia para que tengan razón de ser, para que generen procesos de vida plena, abundante, feliz. Creo que no es sana una «parroquialización».

Las relaciones pastorales deben estar llenas de gratuidad, de cercanía, de cuidado, de cariño y de acogida incondicional, y libres de toda servidumbre. Como las de Jesús, nuestras relaciones deben ser profundas, dialogantes, de entrega incondicional, de enseñanza con autoridad no con prepotencia, de servidores de la muchedumbre hambrienta.

«Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de la vuelta al padre» (MV 12). «Si la misericordia es el corazón del plan pastoral» este tiene que poner especial cuidado en el «lenguaje que se usa en la predicación, tarea tan importante que conviene dedicarle un tiempo prolongado de estudio, oración, reflexión, creatividad pastoral y amor» (EG 145). Si no lo hacemos corremos el peligro de convertirnos, en palabras del papa, «en falsos profetas, estafadores, charlatanes vacíos, deshonestos e irresponsables» (EG 151, 145). Tenemos que darle a nuestra predicación y a nuestro acompañamiento el ritmo sanador de la proximidad. Un ministerio ejercido sin amor no es nada (1 Cor 13). Frente al pecado y al sufrimiento, la única actitud que cabe es la del amor, la de la compasión misericordia, la del Padre que sale corriendo al encuentro del hijo, lo besa, lo abraza, lo acoge, lo integra, lo salva. Ahí está el gratuito e inconmensurable amor del Padre. Necesitamos la mirada cercana para contemplar, conmovernos y detenernos ante el sufrimiento del otro, con una mirada respetuosa y llena de compasión que sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG

Las relaciones pastorales deben estar llenas de gratuidad, de cercanía, de cuidado, de cariño y de acogida incondicional, y libres de toda servidumbre

169). Necesitamos «tocar los corazones» como la hacía Jesús. Anunciar hoy a Dios como buena noticia. Nuestro lenguaje debe expresar la ternura de Dios, su misericordia gratuita.

Hace algunos años, E. Schillebeeckx (1981) hacía esta grave afirmación:

«La razón primordial de que nuestras iglesias se vacíen parece residir en que los cristianos estamos perdiendo la capacidad de presentar el evangelio a los hombres de hoy con una fidelidad creativa, imaginativa, con una humildad evangélica – junto con sus aspectos críticos-, como una buena noticia... Y, ¿quién querrá escuchar lo que ya no se presenta como una noticia alentadora, sanadora, fecunda, especialmente si se anuncia en un tono autoritario, arrogante, intransigente, invocando el evangelio?». No podemos hacer oído sordos a la queja de una predicación tediosa e ineficaz, de una predicación de «esquemas aburridos» y lo que es peor que «no manifiesta el corazón de mensaje de Jesús» como lo señala el papa Francisco (EG 11; 34).

En la bula de la misericordia, el papa Francisco vuelve sobre esta importante afirmación

«los Padres del Concilio Vaticano II percibieron la exigencia de hablar de Dios a sus hombres de su tiempo de un modo más comprensible... había llegado el tiempo de anunciar el evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de



siempre... la Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre» (MV 4). «De hacer que a todos llegara el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros» (MV 5).

Una breve alusión al sacramento de la reconciliación, sacramento de identidad absolutamente misericordioso. Hay quejas en la importancia que le damos y en el modo de administrarlo: A veces no tratamos a las personas con dignidad, las ninguneamos, las maltratamos, no las ayudamos a po-



nerse en pie. La bendita prisa nos hace mucho mal en este sacramento y en muchas cosas más. Deberíamos tener lugares, salas penitenciales dignas -no confesionarios horribles-, donde se atendiera durante el día a quienes lo desearan. Creo que para no pocos sería una buena noticia de la misericordia de Dios. «La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona» (MV 3).

De la eucaristía solo diré que es preciso vivir la «*fractio panis*» –el compartir del pan- como «*fractio vitae*» como mesa compartida preparada para

todos especialmente para los empobrecidos. El compartir de la vida. Para la Iglesia, la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Como decían los padres de la Iglesia: «Los pobres son nuestros maestros porque además de participar del *sensus fidelium*, en su propia vida, en sus propios dolores conocen y experimentan al Cristo sufriente» (EG 198). La misericordia, expresión gratuita de Dios, constituye la gran motivación para la opción preferencial por los pobres, para el compromiso por el bien común, para la acción política. La prueba de verdad es la prioridad que se dé a los «últimos

de los últimos», componente de la espiritualidad cristiana del seguimiento de Jesús, «opción por el Dios del Reino en la solidaridad con los últimos de la historia».

La parábola del hombre que contrata trabajadores para su viña (Mt 20, 1-16) ofrece un punto de vista interesante. El acuerdo inicial con los de la primera hora «en un denario al día» se fue matizando con los que llegaron más tarde «les daré lo que sea justo». Al final del día, los términos del acuerdo quedaron desbordados por la generosidad del dueño. Todos recibieron un denario. La única razón aportada fue «porque yo soy bueno». La justicia no quedó quebrantada, sino superada por la compasión misericordia.

Para concluir, me atrevo a decir que, si no trabajamos «el ser sal de la tierra y luz del mundo» en clave de misericordia es muy posible que el plan pastoral fracase. Para ser luz y sal tenemos que ser misericordiosos, tenemos que recuperar cuanto antes la compasión misericordia como nuestro estilo propio, «como el corazón palpitante del evangelio» (MV 12). «Como la dimensión fundamental de la misión de Jesús» (MV 20). La misericordia genera modos de relacionarse inéditos y fecundos. Con ella, se recrean las claves de la comprensión de la existencia humana: los débiles se fortalecen, los ignorantes se hacen sabios, los oprimidos son liberados, las prostitutas se vuelven vírgenes, los muertos recobran la vida. Todos ellos pasan a ocupar lugar preferencial en la mesa del Reino.

Según Jesús, «rostro de la misericordia del Padre», no hay mejor ni más alto servicio a la persona humana que la práctica de la misericordia. Es el criterio para saber quiénes son realmente hijos del Padre misericordioso. Es, por tanto, algo imperativo para el cristiano; no meramente facultativo. Y si por momentos o épocas desafortunadas la Iglesia la olvidó o evaporó, ha llegado el tiempo de «retornar a lo esencial». «La Iglesia (nos enseña el papa Francisco) está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, confesándola y viviéndola como el centro de la revelación de Jesucristo» (MV 25). En la misión de la Iglesia, en su credibilidad ante el mundo, está en juego «el primado de la misericordia» (MV 17. 20).

Lo que atenta contra la misericordia es una contradicción principal, atenta contra el dinamismo de la salvación, contra Cristo que «se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8, 9) [...] Hay que dejarse conmover ante la situación del «santo pueblo de Dios» que a veces, es una mezcla



de cosas, de enfermedad, de pecado y de condicionamientos imposibles de superar, como Jesús que se conmovía al ver a la gente, lo sentía en las entrañas, en las tripas y por eso curaba y curaba [...] Él acogía, curaba, perdonaba, daba alivio y comida, descanso, dejaba respirar en la gente al espíritu consolador (Francisco, 2016c).

Jesús compartía la vida con los pobres, mendigos, personas despreciadas y excluidas. Jesús pasó su vida sembrando salud: vida plena, abundante, feliz. La compasión misericordia del samaritano y las acciones de solidaridad de Mateo 25 reclaman una hermenéutica y una práctica más política.

La única fuerza capaz de conquistar el corazón humano es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena, no



es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia. Lo sintetiza admirablemente el escritor Henry Miller: Si Dios no es amor, no vale la pena que exista (Francisco, 2016a).

Termino con unas palabras de K. Rahner: «Cuando uno intenta decir algo desde el punto de vista teológico en elogio de la misericordia acaba pronto sumido en una profunda perplejidad. Y tal vez el mejor elogio sea la misma perplejidad». Perplejidad, asombro, estupor, alegría, sorpresa, caricia porque la misericordia de Dios va más allá de toda expectativa humana que debe traducirse en acción de gracias. «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo» (2 Cor 1, 3) que se manifiesta en el rostro de su Hijo Jesucristo en quien «siempre nace y renace la alegría del evangelio» (EG 1).

«La misericordia bíblica es siempre gracia de Dios a los hombres y de los hombres entre sí (...) La Iglesia no está en el mundo para condenar sino para salvar, para permitir el encuentro con ese amor visceral que es la misericordia de Dios. Para que esto suceda es necesario que ella salga de sí misma vaya a buscar a las personas allí donde viven, donde sufren, donde esperan» Francisco, 2016g, 23).

Como Iglesia particular, tenemos que ser «el lugar de la misericordia gratuita donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del evangelio» (EG 114). «Porque la misericordia de Dios no tiene fin» (MV 25). Porque Jesús es la misericordia en movimiento. ☉

Bibliografía

- Francisco (2014) Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.
- _____ (2015) Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia: *Misericordiae Vultus*.
- _____ (2016a) Homilía a los obispos mexicanos, 13 de febrero de 2016.
- _____ (2016b) Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*.
- _____ (2016c) Meditaciones en los Jubileos sacerdotales, 2 de junio de 2016.
- _____ (2016d) Homilía del 28 de julio de 2016.
- _____ (2016e) Video mensaje al Jubileo Continental de la Misericordia, 27 de agosto de 2016.
- _____ (2016f) Homilía al canonizar a la Madre Teresa, 4 de septiembre de 2016.
- _____ (2016g) «El nombre de Dios es misericordia»: una conversación con Andrea Tornielli. Madrid: Planeta.
- Pagola, J.A. (s.f.) No podéis servir a Dios y al dinero: una lectura profética de la crisis, inspirada en Jesús. <https://goo.gl/yYIRqj>
- Saint - Exupéry, A. (2003) El Principito. <http://www.agirregabi-ria.net/g/sylvainaitor/principito.pdf>
- Schillebeeckx, E. (1981) Jesús, la historia de un viviente. Madrid: Trotta.
- Sobrino, J. (2009) «El estilo de Jesús como paradigma de la misión». En: La misión en cuestión: aportes a la luz de Aparecida. Bogotá: San Pablo.